

## El estado de Chihuahua en el parto de la nación, 1810-1831\*

---

Recientemente empezó a circular el libro de Víctor Orozco, *Chihuahua en el parto de la nación, 1810-1821*, coeditado por tres instituciones y una casa editorial: El Colegio de Chihuahua, el Instituto Chihuahuense de la Cultura, la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez y Plaza y Valdés Editores. De entrada agrada la robustez de la obra, pastas duras, pliegos cosidos, tamaño y tipo de letra que facilitan la lectura, y sorprende el tiraje de tres mil ejemplares, en estos tiempos cuando las ediciones son a lo sumo de mil y lo común de quinientos ejemplares.

Trece capítulos en 360 páginas han sido suficientes al autor para formar un primer volumen de la historia general de Chihuahua, que va de 1810 a 1821, periodo crucial en la historia nacional.

Es un estudio serio, profundo, extenso y panorámico sobre el estado en cuestión, al que quizás los lectores del centro del país pudiéramos sentir dis-

\* Víctor Orozco, *El estado de Chihuahua en el parto de la nación, 1810-1831*, pról. de Friedrich Katz, col. R. Francisco Almada Conmemorativa del Bicentenario de la Independencia Nacional y del Centenario de la Revolución Mexicana, El Colegio de Chihuahua/Instituto Chihuahuense de la Cultura/Universidad Autónoma de Ciudad Juárez/Plaza y Valdés, 360 pp.

tante, y no sólo nos referimos al extenso territorio que nos separa de él, sino a los procesos que en él y por él ocurrieron, ya que se trata de una entidad fronteriza. Sin embargo, si miramos esto de otra manera, Veracruz, al igual que Chihuahua, es también frontera, si bien una frontera marítima. Como Heather Fowler-Salamini ha escrito: “[...] la desusada forma del estado de Veracruz que bordea al Golfo de México con aproximadamente mil 200 kilómetros”,<sup>1</sup> nos remite a lo extenso y a la vulnerabilidad de las orillas, características que se compartían de manera plena en esos años con Chihuahua.

He aquí lo apasionante de la historia regional, que nos permite conocer fenómenos complejos en un espacio lo bastante dilatado para trascender lo local pero lo suficientemente pequeño para que podamos hacer un manejo ágil de las fuentes, como es el caso, y para que, finalmente, podamos lograr la comprensión de los procesos históricos.

Víctor Orozco es un experto en la historia de Chihuahua, su entidad

<sup>1</sup> Heather Fowler-Salamini, “Revolución popular y regionalismo en Veracruz, 1906-1913”, trad. del inglés por Alicia Eguiluz de Antuñano, *Eslabones*, México, enero-junio de 1993, núm. 5, p 101.

natal y ahora nos entrega este primer tomo de un gran proyecto personal: escribir la historia general de Chihuahua en el siglo XIX, como ya lo dije. Tal vez por ello no consideró necesario escribir unas conclusiones, que no obstante echamos en falta.

Como buena historia general es un magnífico texto de consulta, no sólo para los interesados en la entidad noroesteña, sino para todos los que deseen disipar dudas del periodo en asuntos comunes, como los rubros de una cuenta de tesorería y el origen de las logias masónicas en tierras novohispanas y su actuación en el ámbito nacional y regional.

El autor nos dice, por ejemplo, que la actividad de las logias en el virreinato de la Nueva España se remonta a las últimas décadas del siglo XVIII. Como sucedió en Francia o en España, sus miembros fueron portadores de muchas de las novedades que trajo la Ilustración. Apunta, además, que en México la única vertiente que se había expresado era la conocida como rito escocés. No sería sino hasta después de la independencia que se introdujo el rito yorquino, que pronto fue conducto de las propuestas con un mayor grado de radicalismo político. Las logias de este corte se extendieron de inmediato por todo el país llegando a contarse más de un ciento en la capital mexicana. De sus intenciones y preceptos en Chihuahua, una de ellas inscribía en sus estatutos, como propósi-

tos generales, el procurar la ilustración pública y promover los ramos de prosperidad. Asimismo, entre las principales bases en que fundaban su existencia política estaban los principios de independencia, unión y federación (p. 284). En la segunda década del siglo XIX, tanto las logias masónicas como la sociedad secreta de Los Guadalupe, de gran relevancia política, fueron prohibidas.

En el constante vínculo que identifica entre los sucesos regionales y nacionales, Orozco detalla el desempeño de Guadalupe Victoria, primer presidente de México, y opina que en su gestión, a pesar de los tiempos difíciles que corrían, tuvo varios aciertos, entre ellos la formación de la marina nacional que se hizo cargo de impedir la llegada de provisiones desde Cuba a los españoles que conservaban aún en su poder la fortaleza de San Juan de Ulúa, estrategia que finalmente obligó a éstos a rendirse en el año de 1825. En el ámbito de las relaciones internacionales, su gobierno estableció las relaciones de México con Inglaterra y Colombia, además de organizar la Hacienda Pública y hacer el levantamiento de información sobre el territorio nacional y su población, abolir la esclavitud y mantener una cierta estabilidad política (p. 279).

En este volumen se habla de Chihuahua cuando nuestro país poseía una población de apenas seis y medio millones de habitantes y cuatro millo-

nes de kilómetros cuadrados. De hecho, el autor señala la existencia de territorios vacíos o despoblados en Chihuahua, y como se sabe, en el mismo periodo que abarca el libro, había muy escasa población en las regiones norte y sur del estado de Veracruz. El despoblamiento fue una realidad que aquejó a grandes regiones mexicanas durante el siglo XIX. Orozco lo explica al afirmar que “allí donde imperaron los grandes latifundios, la densidad demográfica bajaba y al contrario, allí donde se fragmentaba la propiedad, la población aumentaba”, y concluye que uno de los peores lastres para poblar la frontera norte fueron esos grandes latifundios hispanos caracterizados por vínculos de trabajo señoriales-serviles. Estas son afirmaciones que llaman a la reflexión y a la comparación regional e histórica.

El mapa de la distribución demográfica en Chihuahua revela que las grandes poblaciones florecieron en la zona lindante con el desierto; cabe recordar que el territorio de esa entidad tiene tres características geográficas principales: la sierra, los valles y el desierto.

Entre los temas que se abordan en la obra resaltan la economía y las finanzas. Se dan a conocer los esfuerzos de las autoridades coloniales, primero, e independientes, después, por incrementar la población y conservar un territorio disputado por los indios apaches y muchas otras etnias.

En la historia veracruzana y nacional del periodo colonial tardío han sido objeto de numerosos estudios los famosos “situados”, que, en palabras del autor, eran:

[El] traslado de ingresos de una caja a otra para satisfacer necesidades por ejemplo los que se hacían de la caja de la ciudad de México hacia Cuba y otras posesiones españolas en el Caribe, hacia las Filipinas y hacia las Provincias Internas. Las cajas de Arizpe, Saltillo y Chihuahua también recibían *situado* de la caja de Durango, a través de la cual se financiaban parte de los gastos representados por las tropas presidiales.

Los rubros que comprendían los egresos de la caja, ya nombrada nacional, ubicada en Chihuahua tiene como gasto notable los egresos del erario estatal en 1823 el que corresponde a los *situados* de tropa que se llevaba el 71% del presupuesto total (p. 167).

Ello nos remite a dos problemas trascendentales de la historia de la entidad septentrional: la escasa población en la inmensidad del territorio (recordemos que en la actualidad su extensión supera al de Inglaterra) y la miseria a que estaban reducidas las tropas presidiales y sus familias.

Las dificultades para conseguir la permanencia de la población de las tribus “amigas”, dada la constancia con la que los irredentos atacaban a los pobladores y sustraían los productos de los cultivos, por decir lo menos, consumían no sólo el erario estatal sino que volvía muy problemática la propia existencia de los poblamientos. Y hablando de ellos, diremos que Orozco destina

un capítulo amplio que denomina “Elementos para una historia demográfica”, en el que basado en información de padrones o censos de población del periodo que lo ocupa, detalla las características de la misma. Capítulo que se complementa a la perfección con el dedicado al estudio de la propiedad territorial y el poblamiento, donde el autor nos informa de las grandes haciendas, inicialmente propiedad de religiosos, subrayando los esfuerzos de las distintas órdenes para normar las actividades de la población y su reiterada constancia con miras a mantener las actividades productivas. En una sección aparte, Orozco se detiene en las formas de tenencia de la tierra.

Respecto a la educación y la cultura, en nuestra opinión uno de los aspectos mejor tratados del libro, el autor documenta la introducción de la educación lancasteriana y las tribulaciones de las autoridades municipales para cumplir a cabalidad el cometido de instruir a la renuente población.

Otros temas que se abordan en el libro son los primeros grandes conflictos políticos que surgen en la entidad y la guerra contra los indios bárbaros, sector de población que había impedido exitosamente la consolidación del dominio hispánico. A decir de Orozco, hubiesen sido necesarios otros cincuenta o cien años para que esto sucediera, aunque, quizá, ya era muy tarde para lograrlo: para ello, el nuevo Estado que surgiera luego del doloroso parto

de la nación, hubiera tenido que cambiar las viejas estructuras del antiguo régimen, incapaces no sólo de frenar la expansión de los modernos norteamericanos, sino ni siquiera de poner en pie las fuerzas sociales indispensables para pacificar el territorio (p. 301).

Para Orozco, la primera década del siglo XIX puso de manifiesto dos de los conflictos que definirían la historia de Chihuahua a lo largo de esa centuria: uno antiguo, el de la guerra contra los indios bárbaros, y otro novedoso, entonces en potencia, la invasión anglosajona.

Las etnias y naciones que ocupaban los espacios septentrionales de la Nueva España y posteriormente de México eran innumerables. Muchas de ellas perecieron por las epidemias traídas por los europeos o bien, después, por la violencia con la que fueron tratados por los españoles, quienes encontraron en ellas una fuente de esclavos. Es de notar que las dos etnias más numerosas fueron los rarámuris y los apaches. Los primeros dejaron de ser bárbaros cuando fueron sometidos a finales del siglo XVII y pasaron a ser solamente “gentiles”, diferentes de los individuos de razón. Los segundos, protagonizaron un enfrentamiento que duró un siglo y medio, aproximadamente. Fueron quizá los últimos pobladores americanos en rendirse ante los españoles (p. 303).

*El estado de Chihuahua en el parto de la nación, 1810-1831* es un libro

para conocer uno de los 32 espejos que integran a México, porque el autor, con acierto, relaciona la región de Chihuahua con los sucesos nacionales y el desarrollo de España y de Estados Unidos.

Leer a Víctor Orozco ha sido un placer, por la excelente prosa, el dato puntal, el antecedente preciso. Los conmino a comprobarlo.

*Filiberta Gómez Cruz*  
Instituto de Investigaciones  
Histórico-Sociales,  
Universidad Veracruzana